

XI. EL PSICOANALISTA PROFANO.

Freud lo acogió tan calurosamente que los demás sintieron un poco de envidia. Muchos de ellos habían pasado tiempos difíciles con Freud y el psicoanálisis y no era muy agradable ver a Groddeck, un recién llegado, recibido como un viejo amigo. Además, lo acompañaba una mujer que no era su esposa. Era demasiado.

El primer congreso celebrado desde la guerra fue muy concurrido, con 119 miembros e invitados. En los cuatro días de reuniones, se presentaron muchas ponencias importantes y los horarios estaban llenos. El 9 de septiembre de 1920, al segundo día del congreso, Freud habló, seguido por muchos otros, y después, ese mismo día, fue anunciado el último orador: Georg Groddeck. No había preparado nada; aparentemente, fue por sugestión de Freud por lo que fue invitado a decir algunas palabras sobre el tema de su folleto.

Subió a la plataforma, miró con cierto desafío al auditorio y dijo precisamente lo que no debía.

“Yo soy un psicoanalista profano”.

Hubo una conmoción. El análisis profano, es decir, el análisis por personas no preparadas, era un verdadero problema. Ya en 1910 había escrito Freud un trabajo acerca de sus peligros. Como había predicho Groddeck en *Nasamecu*, todo el mundo se las daba de analista; toda clase de charlatanes se llamaban así. Cualquiera que hubiera leído un trabajo sobre la técnica se declaraba psicoanalista. No había diplomas, ni se necesitaban certificados. Pasarían años antes de que se establecieran normas de preparación en las grandes ciudades del mundo.

Fue característico de las futuras relaciones de Groddeck con la sociedad psicoanalítica oficial que en su primera manifestación pública demostrara tan poco tacto. Y el propio discurso le enajenó a muchos auditores. Anna Freud se sintió molesta por sus observaciones vagas y desordenadas. Cuando recordaba el Congreso de La Haya, la señorita Freud reconocía que Groddeck le había chocado. Era entonces muy joven y mucho menos tolerante que 25 años después, cuando le preguntaron qué recordaba acerca de la plática con Groddeck y de su aparición en La Haya. No leyó una ponencia preparada, sino simplemente se paró en la plataforma e hizo una demostración del proceso de libre asociación, saltando de una idea a otra. Ella no logró entender por qué había decidido hablar de esa manera. Obviamente no se había preparado, pero no hizo ningún intento de dar a sus observaciones ninguna especie de forma organizada.

Había varias explicaciones posibles. De algún modo, se había dado cuenta que no era bienvenido en la organización oficial y que solo por la insistencia de Freud era aceptado. Pero aunque no lo hubiera sabido, probablemente habría sido incapaz de abstenerse de escandalizar a sus contemporáneos. Le gustaba perturbar a la gente, enojarla, provocarla para la discusión.

Había escuchado varias ponencias, algunas excelentes, pero le habían molestado y aburrido algunos rasgos del congreso. El único placer sin reservas que había experimentado fue el conocer a Freud. Todo y toda la demás gente que conoció lo decepcionaron. En la plataforma jugó al “niño malo”; y Freud, en el auditorio, había sido clasificado, sin saberlo, en el papel del padre; los demás miembros eran gallinas y les daba algo para que cloquearan. Jones estaba fríamente divertido. Algunos de los otros lo consideraron un lunático.

Unos cuantos de los presentes se mostraron interesados e impresionados. Otto Rank, Ernst Simmel, Ferenczi y Karen Horney quedaron encantados de su ingenuidad y su fresca simplicidad.

Lo sustancial de la plática fue la tesis de Groddeck de que los problemas emocionales se expresan con frecuencia en la enfermedad orgánica y pueden ser tratados mediante psicoanálisis. Su tesis más

sorprendente fue que las dificultades visuales *siempre* expresaban conflictos emocionales. Dijo que la miopía, la presbiopía, la hemorragia retinal y los cambios orgánicos del ojo, eran esfuerzos por defenderse contra los deseos prohibidos y para expresarlos. Aquello era demasiado para la mayoría del auditorio. Ernst Simmel, que escuchaba atentamente, se ajustó sus anteojos de grueso cristal y sonrió. El ojo, decía Groddeck, es el Yo. Los problemas visuales son provocados siempre por el esfuerzo del *Ello* para reprimir la visión de lo que es doloroso.

Después de la plática, Freud envió a Groddeck una nota interrogatoria. Le divertía más que le ofendía su manera de hablar, pero no sabía si Groddeck había hablado en serio o simplemente estaba bromeando a expensas del auditorio. Todavía en La Haya, Groddeck redactó una respuesta. No había exagerado para producir efecto. Creía que el ojo era el órgano más comúnmente usado para la expresión de dificultades emocionales. Había convencido a Emmy, que era un poco corta de vista, de que ya no necesitaba lentes, y ella se los había quitado para siempre.

La carta a Freud explicaba esta teoría más claramente que sus observaciones en la plataforma.

No puedo olvidar su pregunta acerca de que si hablaba en serio cuando me dirigí al congreso. Trataré de darme a entender.

Si uno pide a personas sanas que contemplen los objetos de la sala y luego cierren los ojos y los nombren, por lo general se les olvidará este o aquel objeto.

Si se analiza por qué ciertas impresiones visuales no llegaron al nivel consciente, se advierte que pertenecen al complejo de represión. Así, existe un censor alerta.

En caso de que los complejos reprimidos sean demasiado para la persona fuertemente inclinada visualmente, este censor se volverá más agudo y el ojo se volverá miope. En caso de que esto no sea suficiente, el inconsciente destruirá la retina.

Es el mismo proceso que ocurre en otro campo, como la formación de anti-toxinas para contrarrestar las toxinas, así como la fiebre y la formación de pus sirven para contrarrestar las infecciones. Cuando las represiones se disuelvan, el censor se hará más ligero y la hemorragia de la retina podrá suprimirse.

Ceteris paribus: ¿Cuándo viene usted a Baden-Baden?

Tan devotamente suyo como siempre *Groddeck*.

Satisfecho de haberse dado a entender por Freud, la única persona que realmente le importaba, volvió a Baden-Baden y reanudó su trabajo. Reflexionó sobre el congreso y, comprendiendo la mala impresión que había hecho, empezó a sentirse incómodo. Los demás miembros, con su actitud fraternal, le habían dado a entender que él era un intruso. Había otro aspecto de las reuniones que le molestaba, cierta pomposidad, cierta afectación respetable que consideraba fuera de lugar entre psicoanalistas. Había sobrestimado a los psicoanalistas, esperando demasiado de ellos, esperando, de hecho, la gran sencillez y la calidad de madurez que había encontrado en Freud. Además, le molestaba el vocabulario complicado. “Hostilidad”, “resistencia”, “fijación oral”... demasiadas palabras utilizadas demasiado volublemente.

Groddeck trató de olvidar sus celos. Había conocido a Ferenczi, que era amable y amistoso, y Rank, que había leído la novela y le había dicho cosas halagadoras sobre el libro. El *Verlag* iba a publicarla después de todo, y saldría en unos cuantos meses. También había conocido a un joven psicoanalista que hablaba de “erotismo anal”. Después de escuchar en silencio por algún tiempo, Groddeck movió la cabeza y suspiró: “Joven -dijo-, usted habla de erotismo anal. Dígame, ¿ha visto usted alguna vez un ano?”

La pregunta resumía sus sentimientos acerca de la mayoría de los miembros. Hablaban con demasiada fluidez, demasiado fácilmente, en su jerga técnica particular, y no podía dejar de pensar que algunos de ellos hablaban cosas que no entendían.

Tenía razón. Aún hoy, en reuniones y congresos, podemos escuchar a médicos y psicoanalistas utilizar términos como fines en sí mismos. Así “el paciente demostró resistencia” es una frase común, sin acuerdo

tácito en cuanto a si la palabra resistencia es utilizada en el sentido de resistencia inconsciente o para referirse a una hostilidad temporal del paciente, o a su falta de deseo de aceptar una interpretación e inclusive al hecho que el paciente no progrese como lo deseara el analista.

Veintiocho años después de las quejas de Groddeck, Theodor Reik hizo una observación semejante. En *Oyendo con el Tercer Oído*, se lamentaba del uso excesivo de lo que él llamaba Psicoanalés.

Me da miedo la facilidad con que le ponen etiquetas a procesos humanos muy complicados. Esa profusión de términos técnicos puede ocultar un vacío lleno de pretensiones. Puede confundirse fácilmente con una penetrante comprensión de los procesos inconscientes. Puede conducir a un falso despliegue de conocimientos que resulta superficial. Puede seducir a un hombre para que piense con clichés psicoanalíticos y de acuerdo con una ciencia de tarjetas de fichero más que de experiencias personales... La terminología puede ser una amenaza fatal para una ciencia si se utiliza, no para dar nombres a las relaciones, sino como sustituto de la comprensión real. Su uso nos inclina a la pereza intelectual, de modo que sustituimos algo experimentado por algo aprendido de memoria, algo que es realmente nuestro por algo fácilmente adquirido. Tiemblo por la nueva generación, que hace semejante uso no sólo de sus experiencias sino también de los términos analíticos que las describen. Hablar el Psicoanalés fluidamente no significa entender el psicoanálisis y es posible emplear todos los términos técnicos correctamente y ser un mal psicoanalista... Los seguidores y discípulos de Freud encontraron nuevos términos griegos y latinos en los diccionarios y enriquecieron el vocabulario psicoanalítico. Después algunos de esos términos técnicos, no comprendidos o entendidos erróneamente, llegaron hasta círculos más amplios de personas educadas o interesadas. Un nuevo lenguaje, el Psicoanalés había nacido. Firmemente establecido en 1920, ha florecido los últimos 25 años.

Groddeck tenía la misma preocupación en 1920 y, poco después de volver a Baden-Baden, le escribió francamente a Freud.

El congreso tuvo un resultado algo desagradable para mí. La vieja experiencia de que la palabra inhibe el pensamiento se probó para mí en tal medida que la reticencia ante los términos técnicos -sí, ante cualquier definición delimitada- se hizo mucho mayor.

Al mismo tiempo, escribió que le había gustado el congreso por la oportunidad de conocer gente. Rank había estado muy amable, y había sugerido un excelente nombre para la novela *Der Seelensucher (El buscador del alma)*, que a Groddeck le gustó mucho, aunque no quiso utilizarlo sin el consentimiento de Freud.

El congreso había sido algo inolvidable para él, dijo, porque había visto finalmente a Freud. Se había pasado los días

corriendo constantemente detrás de usted en un estado nebuloso, como quien está enamorado, y cuando lo recuerdo me alegro de ser todavía lo bastante joven para sentir mucho cuando vale la pena. Lo que me gustaría es estar cerca de usted tranquilamente, pero las probabilidades de ello están en contra. Estoy atado a este lugar y tango que ganar dinero, y probablemente ello no signifique para usted mucha diferencia.

Hubo otra consecuencia del congreso que mencionó después. Su insatisfacción con la terminología del psicoanálisis, que él temía sirviera con demasiada frecuencia para ofuscar, le hizo desear escribir algo con palabras simples. Quería explicar el psicoanálisis a los legos que no tenían el vocabulario del especialista. Podía hacerse con unas cuantas definiciones básicas. Le contó a Freud su plan:

Llego así a una cuestión que ya he mencionado varias veces. Durante muchos años he estado pensando en un libro que pudiera explicar tranquila y plenamente lo que siento. Creo que me encerraré durante algunos meses en el invierno, y acabaré este trabajo. Temo que a usted no le guste en especial porque tendrá mucho de misticismo y de fantasía... Yo me veo como un niño al que todos suponen bueno, mientras en secreto está planeando cosas que él sabe que no serán aprobadas por los padres. Por eso me gustaría que usted conociera este trabajo. Eso decidirá si usted quiere conservarme todavía como seguidor.

Comprendo que detrás de este temor de perder su aprobación está el deseo de ser libre una vez más. Pero este deseo no influirá en la obra... Además, acaso esté equivocado y la obra no sea tan peligrosa. En todo caso, le ruego que no tome una decisión definitiva acerca de mí todavía, por lo que se refiere a mi actividad médica, y como ser humano usted no podrá deshacerse de mí, porque yo no lo dejaré. Me he ligado a usted tan fuertemente que me costaría un pedazo de piel si usted me apartara.

Espero que mi declaración de amor no sea demasiado monótona. Básicamente estoy tranquilo en este sentido porque he visto su sonrisa comprensiva...

Con la carta envió un artículo para el *Journal*, Freud elogió el artículo, que debía publicarse pronto, pero fue parco en los elogios:

Me reí al observar que al final de su buen y original artículo, tan agradablemente teñido por un libre escepticismo, usted se volvía dogmático y fantástico y tomaba nuestro inconsciente mutuo, indefinido y comúnmente aceptado y le atribuía toda clase de cualidades positivas que surgían de una fuente secreta de auto-realización.

Era una vez más el viejo desacuerdo. La carta de Freud proseguía, en tono indulgente: “Bueno, todo hombre inteligente tiene cierto límite donde empieza a volverse místico...”

Se sentía fuertemente tentado por la invitación a visitar Baden-Baden para “un intercambio de ideas más amplio entre los dos”. Pero no era posible.

Su resignada posdata tiene razón. Estoy en la misma posición que la Sibila que quería vender el último tercio de su reserva de sabiduría más caro que el conjunto. Yo también estoy tan pobre que tengo que vender muy caro lo que me queda de mi tiempo de trabajo y de mi fuerza. Afortunadamente ya no es la tercera parte. La analogía está también en que no encuentro ningún rey, ya que se han hecho muy escasos. Todo me viene de tenderos y otros coleccionistas de curiosidades.

En cuanto al libro propuesto, Freud decía que lo esperaba ansiosamente.

Sin embargo, de ninguna manera comparto sus temores. Creo más bien que, si nos va bien, le pediremos que nos entregue esa obra herética para publicarla, porque yo mismo soy un hereje que no se ha convertido todavía en un fanático. No puedo soportar a los fanáticos, esa gente que es capaz de tomar sus limitaciones muy seriamente. Si uno conserva su propia superioridad y sabe lo que está haciendo, puede hacer unas cuantas cosas que estén un poco fuera de la línea. También me gusta mucho el valor que usted va a demostrar. Quizás mi último y pequeño artículo, recién publicado, *Más allá del principio del placer*, modificará algo la imagen de mi personalidad ante sus ojos. Además, no creo que pudiera pasarme fácilmente sin usted.

Con semejante estímulo, Groddeck se las arregló para quitarle tiempo a su clientela y tomarse unas largas vacaciones. Planeaba salir a fin de año, cuando había poco que hacer en un balneario. Antes de concluir sus

preparativos, envió un nuevo artículo a Freud para el *Journal*, y le comunicó, encantado, que acababa de recibir el primer ejemplar de *Der Seelensucher*. La novela estaba editada por fin y Groddeck declaró que la portada era preciosa, y el efecto general magnífico y digno. Estaba en un estado de exaltación, ya que todo lo que siempre había deseado parecía a su alcance. Su divorcio de Else, demorado durante años por la guerra y la consecuente inflación, estaba a punto de otorgarse. Pensaba retirarse a su amado bosque para escribir un libro que había estado meditando durante años. Y Freud estaba de acuerdo.

El último día de diciembre escribió Groddeck:

Me gustaría poder hacerle participar, de alguna manera, una pequeña parte de la alegría de vivir que he recibido gracias a usted, pero sólo puedo hacer como los niños buenos hacen con su padre, hacer el propósito de trabajar bien y lograr que usted se sienta orgulloso de mí...El lunes saldré de vacaciones por primera vez en seis años, a la Selva Negra, a una pequeña casa completamente alejada de todo lo humano. Iré acompañado sólo por mi ayudante [Emmy] y sin ninguna servidumbre, sin peligro de ver a nadie. Ella hará la comida y yo cortaré leña y barreré los cuartos y caminaremos por el bosque y daremos de comer a los ciervos y a los pájaros, y descansaremos. Y si el cielo lo quiera, empezaré el libro sobre el inconsciente, algo para el gran público.

La “pequeña casa” era una cabaña de madera construida por un paciente agradecido. Fue la precursora de una serie de retiros, donde podía descansar y escribir.

Freud le agradeció el nuevo artículo, que era “inteligente y fresco como siempre”. De la novela, que acababa de salir al público, dijo refiriéndose al personaje que servía de título: “A muchos les gustará, a otros les molestará.” Ferenczi lo felicitaba por medio de Freud. “Le envidio su viaje al bosque; pero, ¿por qué no en otra época del año?”

X. “El psicoanalista profano”, pp. 74-80, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck

Volver a News 8-ex-62